

Un acto de legitimación de la descendencia bastarda

Caminamos sobre nieve siguiendo un rastro que nos lleva en círculos tras nuestras propias huellas. En el hábitat están representadas nuestras preguntas, crisis, y dualidades, las calles del barrio y los rincones de la plaza son espejos turbios y fragmentados que nos proyectan como un inacabado mosaico reflectante de pieles y memorias llamado ciudad, no podemos criticar nuestro hábitat sin juzgarnos a nosotros mismos, ni mirar hacia la calle sin reflejarnos, quizás por eso en cada ventana nos encontramos proyectados en el cristal como una prueba inalterable de que nuestra existencia se manifiesta más allá de los límites de nuestro cuerpo y de que la ciudad es ese rastro que dejamos y que perseguimos simultáneamente, no existe ciudad sin sociedad de la misma manera en que no existe humanidad sin crueldad, Tarkovsky decía que lo terrible está encerrado en lo bello y lo bello en lo terrible y esta es una contradicción que no es ajena a la ciudad latinoamericana: la formal e informal, la digna e ilegítima, la que se viste de mecenas durante el día y de bailarina de canchán durante las noches, dos fuerzas imperturbables que avanzan enfrentadas, ambas persiguiéndose y ambas escapando, se repelen y al mismo tiempo fluyen la una en la otra como parte de una paradoja eternamente sincronizada, estas ciudades dentro de ciudades representan el drama de presa acorralada o fortaleza asediada, solo que en esta ocasión ambos son presa y ambos son cazador, en un equilibrio de contradicciones que se alimenta de la incapacidad de un sistema de planificación que no busca verdades sino la confirmación de sus propias perspectivas.

En Ruta 4 nos involucramos con la hija ilegítima, la bastarda; la que se viste de bambú y latón, la que se esconde tras autopistas, en los bordes y laderas, la que no tiene nombre ni plaza, la caótica, la dual, la ecléctica, la sobrepoblada y la inhabitada, la América nuestra, la diversa y auto-producida, una fuerza en movimiento que crea armonía partiendo del caos como un poema ruso o una pintura de Pollock, un testimonio de nuestra realidad política, económica y cultural que se manifiesta en espacio y tiempo, siendo edificio y ciudad, individuo y sociedad y memoria y futuro, creemos que cada lugar cuenta una historia y que la arquitectura debe ser una representación simbólica de ello, una correspondencia: cultural, material, geográfica, morfológica, histórica y política del lugar y el momento, del espacio y el tiempo, un testimonio de la era en el que se desarrolla el proyecto; transformar a la arquitectura en un toque mágico de la realidad circundante, haciendo de ella poesía, conciencia, cotidianidad y verdad: "La primera condición del realismo mágico, como su nombre lo indica, es que sea un hecho rigurosamente cierto que, sin embargo, parece fantástico". Gabriel García Márquez

"Entonces entraron al cuarto de José Arcadio Buendía, lo sacudieron con todas sus fuerzas, le gritaron al oído, le pusieron un espejo frente a las fosas nasales, pero no pudieron despertarlo. Poco después, cuando el carpintero le tomaba las medidas para el ataúd, vieron a través de la ventana que estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas. Cayeron toda la noche sobre el pueblo en una tormenta silenciosa, y cubrieron los techos y atascaron las puertas, y sofocaron a los animales que durmieron a la

intemperie. Tantas flores cayeron del cielo, que las calles amanecieron tapizadas de una colcha compacta, y tuvieron que despejarlas con palas y rastrillos para que pudiera pasar el entierro” Cien Años De Soledad.

Crecimos en ciudades fragmentadas, divididas por las superficies de las construcciones, pieles y paisajes, somos un pueblo de pueblos, un festín de culturas; América del Sur se desfigura, se regenera y en el proceso encuentra su identidad como un territorio eternamente mutable, orgánico y volátil. Nuestras ciudades han sido víctimas de un colonialismo cultural que nos impone reflexiones, formas, estéticas, técnicas y preguntas ajenas a las particularidades impresas en el territorio; América navega vacilante en el reconocimiento de sus orígenes, no podemos construirnos desde una mirada universal desconociendo las lógicas locales, es necesario alejarnos de la condena de estados sin nación, de pueblos sin historia y de modernizaciones sin modernidad, hacemos parte de una era global, magníficamente conectada y cada vez más tolerante, ser global no implica el abandono y el olvido de lo propio, por el contrario conlleva la generación de un entendimiento colectivo coherente y consiente de lo particular, ahora el todo no es superior que la suma de sus partes, sino que existe como consecuencia de ellas.

Nuestras búsquedas han gravitado entorno a la construcción de una mirada biológica y antropológica de la arquitectura que legitime el hábitat como un escenario plural y diverso para el desarrollo sostenible de la sociedad y el paisaje. Los procesos y proyectos se han convertido en una constante observación e interacción con territorios y seres que se modifican el uno al otro cuando se relacionan; el hombre es tan susceptible a la arquitectura, como la arquitectura al hombre, desde una perspectiva evolutiva modificar el entorno obliga a la adaptación y condiciona el desarrollo del ser, no nos interesa hacer una arquitectura contemplativa sino una para ser y estar; habitando y reconociendo el territorio como un sistema complejo y cambiante, el cual siempre ha estado y estará dos pasos por delante de nosotros modificándose cuando lo comprendemos, dándonos vida y movimiento al mostrarnos verdades temporales, acechadas por la duda, verdades que solo sirven para ser destrozadas mientras nos conducen hacia otras, en ascenso eterno a una escalera infinita.

Hemos pasado tanto tiempo mirando hacia afuera que al interior continúan cosas sin ser nombradas que siendo ilegítimas, no reconocemos nuestras sensaciones en el espacio: el roce de las texturas, la temperatura y el sonido de los materiales, el transitar del Sol por el Ecuador y sus dibujos sobre la tierra con luz y sombra. Como arquitectos solo somos un vínculo, un puente entre los lugares y su gente, contadores de historias, y esta no es la nuestra, es la de una comunidad en Pereira que le hizo frente al olvido, una que se unió y construyó en conjunto un símbolo de su existencia, una muestra de su carácter y su memoria diversa; La Casa Ensamble Chacarrá es una historia de intercambio de experiencias, conocimientos y trabajo colectivo. No es solo arquitectura, ni pensada solo por arquitectos, es una muestra de Colombia, de América del Sur, una muestra del realismo

mágico de los pueblos sureños que ante la precariedad impregnan la realidad con un poco de fantasía, haciendo de la arquitectura experiencia, motivo y significado.

CASA ENSAMBRE CHACARRÁ

AMÉRICA LATINA EL LUGAR

Existen dos caminos para mirar hacia América Latina, esos dos caminos se dividen en dos, luego en otros dos y a su vez en dos más, y así continua hasta convertirse en un gran árbol ramificado de infinitas variaciones. Un camino es el que todos conocemos, el de la ciudad planificada y los videos de aerolíneas. El otro camino, la otra América, es la América diversa, la que evoluciona sola; sin arquitectos, urbanistas, políticos o sociólogos, la que se construye tras los muros de las autopistas, en los campos, bosques y bordes de las ciudades. El sur contrasta: en su economía desigual, sus dialectos extintos, sus pieles y superficies multicolores, su clima gélido y templado. El sur baila y canta revoluciones del atlántico al pacífico, de la cuna de los andes hasta los deshielos de la Patagonia, en sus tierras se cuenta una historia, un eco disuelto en el tiempo, un lenguaje que nos unifica como ciudadanos del sur, hablamos todos un mismo dialecto y es la forma en la que construimos nuestras ciudades; en el hábitat están plasmados nuestros problemas: la pobreza, la precariedad, la desigualdad, la informalidad, la corrupción y sin embargo allí en donde las limitaciones se manifiestan es en donde se exponen con mayor esplendor nuestras virtudes. Esté proyecto habla de esa América: la autoconstruida, la ilegítima, la irreverente!

Latinoamérica es un reloj de arena: si miramos hacia abajo encontraremos las ciudades creciendo en un suministro constante en la medida en que el compartimiento superior se va quedando vacío, las ciudades se están expandiendo, cada vez hay menos gente en el campo y más en la ciudad, progresivamente nos transformamos en una sociedad exclusivamente urbana y nuestro hábitat se está convirtiendo en un diverso número de texturas; culturas, tramas y edificios que se superponen caóticamente, sin reconocerse ni vincularse. Más del 50% del continente es autoconstruido como un reflejo de un sistema político y económico desigual, que ataca la diversidad en lugar de reconocerla como su mayor potencialidad, la ciudad auto-producida es tan inherente a Latinoamérica como el fútbol y el baile, sin embargo continuamos sin reconocerla, estudiarla o intervenirla como una parte importante del paisaje urbano.

COLOMBIA EL SUJETO

Colombia continental se divide en cinco y luego en cinco más y así continua en un camino irreversible a la diversidad, el camino inicia sobre el nivel del mar, en la región Pacífica frente al poniente, habitada de extremo a extremo por afrodescendientes: es la Colombia africana, un recuerdo del siglo XVI, el testimonio de los galeones Españoles y Británicos que circunnavegaron entre cadenas, tierra de oro y pobreza, de agua dulce y salada y la franja

más lluviosa del planeta, infinitamente biodiversa e infinitamente explotada; y hacia el atlántico la Región Caribe: la más septentrional del país, que bien podría ser otra Colombia, la cuna de Gabriel García Márquez y sus Cien Años de Soledad, puerto de piratas, tierra de folclor, de ron, desiertos, y música de acordeón, hogar de costeños y de la sierra litoral más alta sobre el planeta.

En descenso al corazón espeso de América, lejos de la influencia de los océanos, en el extremo meridional del país emerge casi imperturbable la región más vasta de Colombia, la Amazonia: una nación habitada por ríos, llanuras, malocas y piedemontes, hogar del ayahuasca, del jaguar, de dialectos y tribus indígenas, es la zona menos poblada del país y sin embargo la que más vida alberga. Sobre el naciente en la frontera con Venezuela: la Orinoquia, una interminable llanura de cielo naranja y horizonte infinito, con olor a petróleo y sonido de arpas, es la tierra de los vaqueros colombianos, un lugar con más ganado que personas y en donde los ríos tienen siete colores. Finalmente una región que bien podría dividirse en seis: Paisa, Santandereano, Cundiboyacense, Vallecaucano, Opita y Pastuso; los Andes, la gran cordillera sureña, la cadena montañosa más alta de América y la más larga sobre la tierra: nace en Colombia y se extiende por el sur hasta naufragar en el océano glacial Antártico, es la zona económicamente más activa del país, la que alberga las grandes capitales y el principal escenario de uno de los fenómenos que más a diversificado las ciudades Colombianas, el desplazamiento.



Figura 1. El ser - Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

Una centena de dialectos, 80 lenguas vivas y 20 extintas, 102 pueblos indígenas, más de cincuenta géneros musicales, siete pisos térmicos y tantas costumbres tradicionales diferentes como quepan en la fértil tierra de las Américas. Colombia es herencia de: africanos, indígenas y españoles, con climas, culturas, ecosistemas, economías, etnias y religiones diferentes, somos una cultura de culturas, históricamente desarrolladas independientes, inalteradas hasta el estallido de la guerra, aquel día comenzó la larga historia del desplazamiento en Colombia. Aquel día comenzó la historia del Plumón y De La Casa Ensemble Chacarrá

GUERRA EL MOTIVO

La llamaron la guerra de los mil días, desde aquel entonces han pasado 36.500 días y aun vivimos los remanentes de una guerra que se a heredado de generación en generación, de una guerra que se volvió genética, que se transmitió en la sangre y peor aún de una guerra que se volvió costumbre, desde el nacimiento de las guerrillas han sido 50 años, 6,9 millones de desplazados, los nombres de la guerra han cambiado, los colores y los motivos también, lo único constante han sido las víctimas, lo único natural a sido lo antinatural.

Las llanuras, los bosques, los campos, el pacífico y el caribe se convirtieron en zonas de enfrentamientos, de explotación y de cultivos ilícitos, quien vivía de la tierra o del mar tuvo que decidir entre la guerra y el desplazamiento, el conflicto y la modernidad aceleraron la migración a las ciudades, con el aumento de población llegó el déficit de vivienda y con el déficit de vivienda llegó la autoconstrucción. Las ciudades de Colombia se convirtieron en escenarios multiculturales y de repente mundos muy grandes tuvieron que convivir en uno muy pequeño, la autoconstrucción se vinculó con la diversidad, la diversidad se vinculó con la guerra y la guerra con la violencia, éste fenómeno dividió las ciudades no solo morfológicamente, también las dividió socialmente, la ciudad comenzó a tener dos caras: informal o planificada, segura o peligrosa, blanco o negro, blanco o indígena, próspera o decadente y en esta división la arquitectura se volvió un beneficio exclusivo de la ciudad planificada.

En el proceso surgieron muchas historias que siguen sin contarse, muchas heridas que siguen sin sanar, muchas ciudades dentro de ciudades y muchas comunidades que siguen sin ser reconocidas o aceptadas como parte de un hábitat compartido, de un país y de una historia común, una historia más grande que nosotros, una que trasciende la guerra, que narra los relatos de dos océanos, de montañas y llanuras, una en la que resuena música de arpas y de acordeón, de costeños e indígenas, de vaqueros y afros, una historia en la que la fortuna y la abundancia son inseparables de la diversidad.

“Cada día en Colombia hay mas vidas truncadas, nuevos huérfanos, nuevos horrores, nuevas soledades. En este mismo instante hay en Colombia petróleo crudo tiñendo la vida del color de la muerte. Hay bosques ardiendo. Hay niños que tiemblan cuando ladran los perros. Hay una orgía incontenible de violencia y de muerte. Pero también, en este mismo instante, hay esperanza, hay deseo, hay voluntad de paz, hay confianza. Hay vida, el reto es

defenderla, facilitarla, compartirla, mejorarla. El reto es que nuestros hijos hereden nuestras esperanzas, no nuestros horrores” GUSTAVO WILCHEZ. CHAUX, Popayán febrero 4 de 1991.

EL PLUMÓN LA SITUACIÓN

El Plumón nació cuando la Región del Pacífico se volvió violenta, alimentado por las migraciones de los años ochenta, surgió silencioso, escondido a plena vista, entre avenidas y puentes en el corazón de Pereira una de las principales ciudades del país, un lugar construido como un mosaico de texturas agrietadas y casas fragmentadas, divididas en laminas oxidadas de zinc, parales inclinados de bambú y pieles decoloradas de madera; pero ante todo un lugar de sonrisas y resistencias maximizadas. El Plumón era una muestra de Colombia, de su diversidad, su pluriculturalidad, su estética, pero ante todo de su desigualdad, una población conformada en un 90% por desplazados del conflicto armado. Familias del pacífico, del atlántico, de los andes y de la amazonia. Un barrio de diferentes sentires y acentos, de orígenes y habitares apuestos, separado por dos enormes e invisibles barreras: la primera; las avenidas que lo rodean escondiéndolo de la ciudad y las segunda; la más grande, la interior que los divide por etnia e ideología: de un costado los indígenas y mestizos, en el otro los afrodescendientes y en el centro la cancha de fútbol, el corazón y la muralla del barrio.



Figura 2. Fotografía aérea El Plumón - Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

Desde su conformación el plumón ha tenido que lidiar con mucho más que sus problemas de convivencia, han sido víctimas del abandono estatal y de diversos actores violentos: bandas criminales, mafias de venta de predios, distribución y consumo de droga, violencia doméstica y delincuencia común. Un conjunto de síntomas que nos muestra un territorio enfermo de indiferencia, pero también colmado de oportunidades.

Sin reconocimiento, sin convivencia, sin colectividad y sin gobierno no existe lo común, no existen escuelas, escenarios culturales o centros comunitarios, lo público son las calles maltrechas y los rincones oscuros, en el plumón viven 600 personas, pero sintetizan la realidad de los 110.000.000 de personas que viven en la informalidad en América del Sur: carentes de espacio público, de arquitectura y de los beneficios de una ciudad inclusiva.

La arquitectura se está democratizando, aunque a pasos silenciosos las comunidades, los ciudadanos, algunos gobiernos ejemplares y ONGs están convirtiendo la arquitectura en una realidad al alcance de todos, en un instrumento unificador y pedagógico, en un testimonio construido de la diversidad: cultural, material y territorial de un planeta absolutamente heterogéneo.

Al Plumón llegamos en el 2015; un grupo de artistas, profesores, arquitectos, ambientalistas, comunicadores y etnógrafos, el primer año era para conocernos y entendernos, juntar dinero, experiencias e información. El proyecto tenía que ser pedagógico, reconocer la memoria y los orígenes en un lugar de muchos lugares, pero principalmente debía ser una herramienta de resiliencia, ayudar a sanar e integrar un territorio dividido y victimizado por la guerra, los meses transcurrieron entre muestras comunitarias de: teatro, danza, gastronomía, fotografía y cualquier actividad que les permitiera reconocerse, todo sucedía en las calles: jornadas de salud, celebraciones, teatro, bailes y reuniones comunitarias, la arquitectura en territorios de escasez tiene muchas caras, muchos usos, tiende a convertirse en polivalente, transformable, adaptativa y poli-funcional, aquí un espacio cultural no podía ser solo un espacio cultural, ni una iglesia ser solo una iglesia, necesitaban un símbolo, uno que pudiesen habitar, que hablara de su origen y su presente, de Colombia y de América, un símbolo que hablara de la ciudad auto-producida: de sus sentires, lenguajes y oportunidades



Figura 3. Comunidad El Plumón
Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura



Figura 4. Vivienda El Plumón
Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

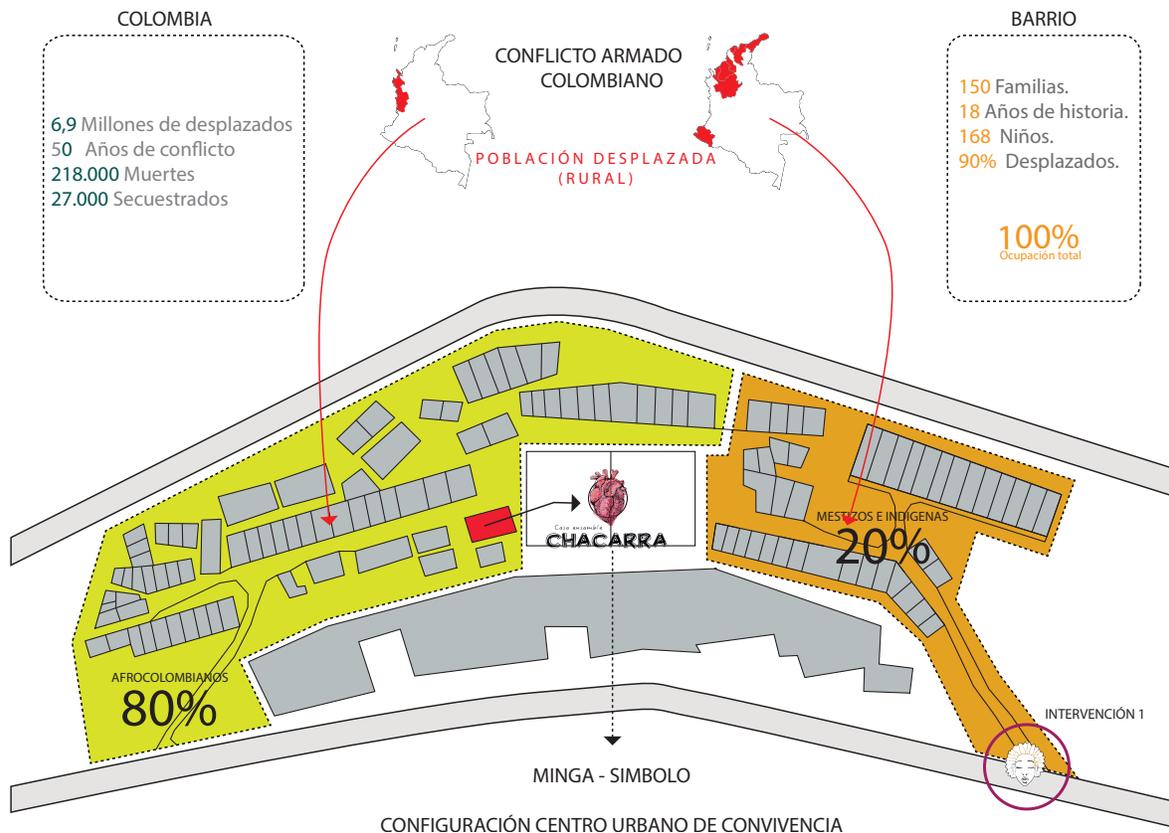


Figura 5. Distribución de población: El Plumón - Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

CHACARRÁ EL RESULTADO

La construcción del proyecto inicio en una tarde de diciembre del 2015 con la demolición de una cubierta en ruinas, Chacarrá tardo cuatro meses y costó 5000 dólares, había nacido como una aspiración esencialmente colectiva y así se construyó, desde la concepción del proyecto hasta la instalación de la ultima lámpara se realizó con participación comunitaria: mano de obra local, saberes propios y materiales del entorno, característicos por ser con los que históricamente han construido las viviendas en los barrios informales de Colombia: bambú, madera y teja de zinc, materiales comúnmente asociados a la precariedad y a la escasez, una perspectiva que nos interesaba modificar, evidenciando que la escasez no esta asociada a un material, sino a la forma en que se usa y si la obra buscaba ser pedagógica era necesaria la participación comunitaria, transmitir un conocimiento técnico en el uso de los materiales y fomentar la construcción colectiva, la convivencia y la disolución de las barreras internas de discriminación, el proyecto se construyó en la mitad del barrio, donde existía una muralla se construyó un puente que los conectará, albergará y unificará como miembros de un habitat común

Sabemos... Y lo sabemos simplemente al sentirlo, los hijos del mestizaje entre pueblos europeos, africanos e indígenas tienen un pacto, un vínculo o más bien un romance con la tierra y la música, con la corporalidad y la espiritualidad. Sabemos que la libertad se reduce a la capacidad de poder acceder a las más puras manifestaciones del espíritu humano, entonces, ¿por qué darle fractales a quien respira música? o ¿por qué hablar cuando podríamos jugar fútbol? En un mundo que es hostigador de toda diferencia, quisimos construir un espacio que existiera gracias a ella; Casa Ensamble Chacarrá es un lugar para la cultura y la diversidad, que encuentra su nombre en una palma de la región pacífica, que encuentra su nombre en la voz de Gonzalo Rentería, líder comunitario, quien desesperado utiliza como último recurso un bellissimo relato para convencer a un grupo de niños decididos en que el espacio se llame “bunde”, como un baile típico de la región, “Goma” como lo llaman en el barrio, no lucía ansioso y enérgico como lo hacía regularmente, de hecho tenía una inusual actitud de seguridad y tranquilidad.

-Goma: niños, ¡silencio!, ¡silencio!... ¡Que silencio, carajo! ... Escuchen; en el pacífico, en lugares muy pantanosos crece una palma, la palma Chacarrá... ¿pero saben que necesita para crecer? ... Necesita lo mismo que nosotros, estar junto a otras raíces, Chacarrá no crece sola y nosotros tampoco.



Figura 6. Casa Ensamble Chacarrá - Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

Chacarrá se construyó con anclajes simples, procesos sistemáticos y mano de obra comunitaria, trípodes de guadua cimentados sobre barriles de petróleo reciclados y cerramientos cruzado en lamina de bambú, es un único espacio proyectado hacia el

exterior, alto, ventilado y abierto en los costados para los eventos de gran asistencia, es un edificio simple, de comunidad, pensado desde el territorio para ser habitado, adaptado y transformado, con sentido, significado y esencia clara pero sin uso específico, tan real e indeterminado como un bloque de mármol que se prepara para ser esculpido por la vida y el tiempo, es un acto de legitimación de la descendencia bastarda, de la tierra de nadie, de la Colombia nuestra, de la América diversa, dándole nombre al anonimato; una prueba irrefutable de existencia para quienes no reconocen en estos barrios una parte del pasado, presente y futuro de las ciudades modernas: multiculturales, desiguales, globales e inestables.



Figura 7. Casa Ensamble Chacarrá - Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

EL SER LA CONCLUSIÓN

Han pasado dos años desde su construcción, lo han cerrado, lo han abierto, lo han pintado y se ha modificado, ha sido escenario de: bailes, reuniones, funerales, protestas, clases, recitales y festividades, el habitar nunca ha sido un elemento estático, evoluciona y nosotros con el, la política, la economía, el clima, la cultura siempre cambiante y volátil, la religión y los conflictos tienen afectaciones diarias sobre nuestro hábitat; América Latina es un territorio en construcción, en movimiento y la arquitectura no debe dar soluciones permanentes a problemas temporales, ni respuestas globales a preguntas locales es necesario dudar de lo que hacemos, reconocer nuestra naturaleza proyectada en las ciudades que construimos, pues no son otra cosa más que nuestro reflejo y nosotros un reflejo de ellas, al pensar y construir las ciudades del futuro estamos moldeando al hombre que las habitará, cada que modificamos el territorio nos modificamos como sociedad, en Colombia vemos como un plan de mejoramiento de vivienda empeora las condiciones del habitar, como el desarrollo de infraestructura vial destruye la movilidad y como un centro cultural y educativo aniquila los saberes y tradiciones propias de las comunidades, caminamos hacia un precipicio y cada vez a un paso más acelerado, quizás es tiempo de mirar hacia adentro, de reconocernos y comprendernos, diversificar nuestras líneas de pensamiento y nuestras miradas, destruir unas verdades ya muy añejas para así construir verdades nuevas, capaces de albergarnos y representarnos a todos, o al menos por un

tiempo hasta que volvamos cambiar, pues es nuestra única constante; el cambio y ante su impetuosa presencia no existen verdades eternas o absolutas más allá que la de entendernos desde nuestras particularidades como parte de un ecosistema complejo, diverso y cambiante.



Figura 8. Casa Ensamble Chacarrá - Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

Hemos vivido de la caza, de la recolección, de la agricultura y de la industria, inventamos la fe ciega y el método científico, somos polígamos y monógamos, creemos en el poder del pueblo y en el de los dioses, en el dinero y en el universo, comemos vacas y las adoramos, criamos perros para que nos: acompañen, nos transporten, nos alimenten, nos guíen, nos delaten y nos rescaten, bailamos por instinto y por obligación, vivimos sobre el cielo, sobre el suelo, sobre el agua y suspendidos, talamos bosques y los sembramos, nos morimos de hambre y de obesidad, tenemos montañas para adorarlas, explorarlas, explotarlas y aplanarlas, vivimos en grandes metrópolis y en pequeñas aldeas, construimos nuestras casas con basura y con mármol, destruimos y construimos artefactos para refrescarnos y calentarnos, somos matriarcales y patriarcales, creemos en las guerras por la paz y en las invasiones por la libertad, defendemos los derechos a vivir y a morir, somos poetas y empresarios, científicos y religiosos, astronautas y arqueólogos, historiadores e ingenieros, ninfómanos y abstemios, somos tanto y tan diferente en un mundo tan basto y sin embargo tenemos tantas certezas y tan pocas dudas, tanta información y tan poca conciencia, tanta arquitectura inhabitada y tantos habitats sin arquitectura, tan mal el mundo y tan bien nosotros; nuestro rastro la descendencia bastarda sin sombra, sin nombre ni reflejo.